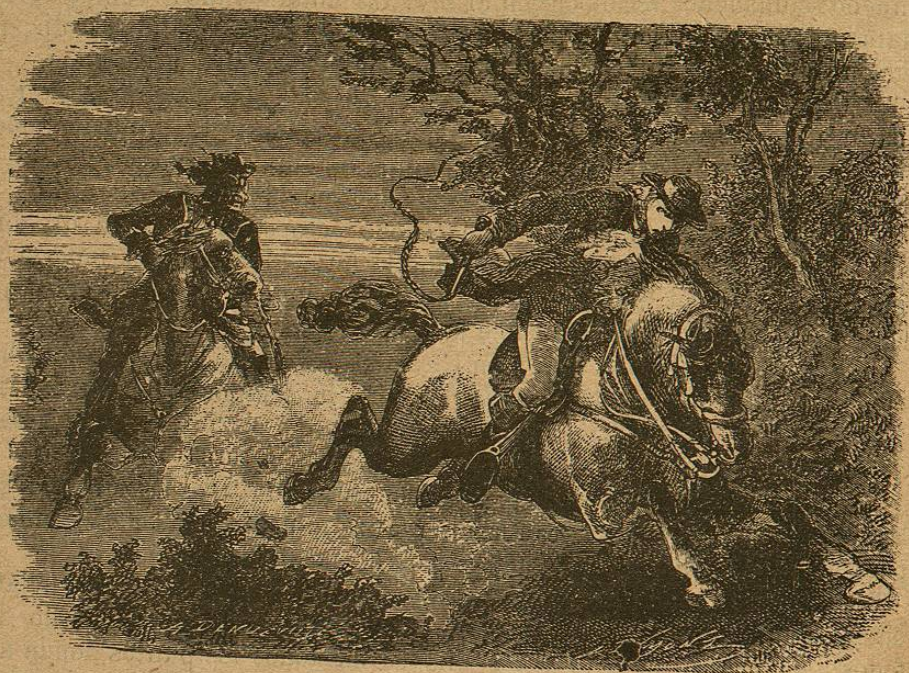


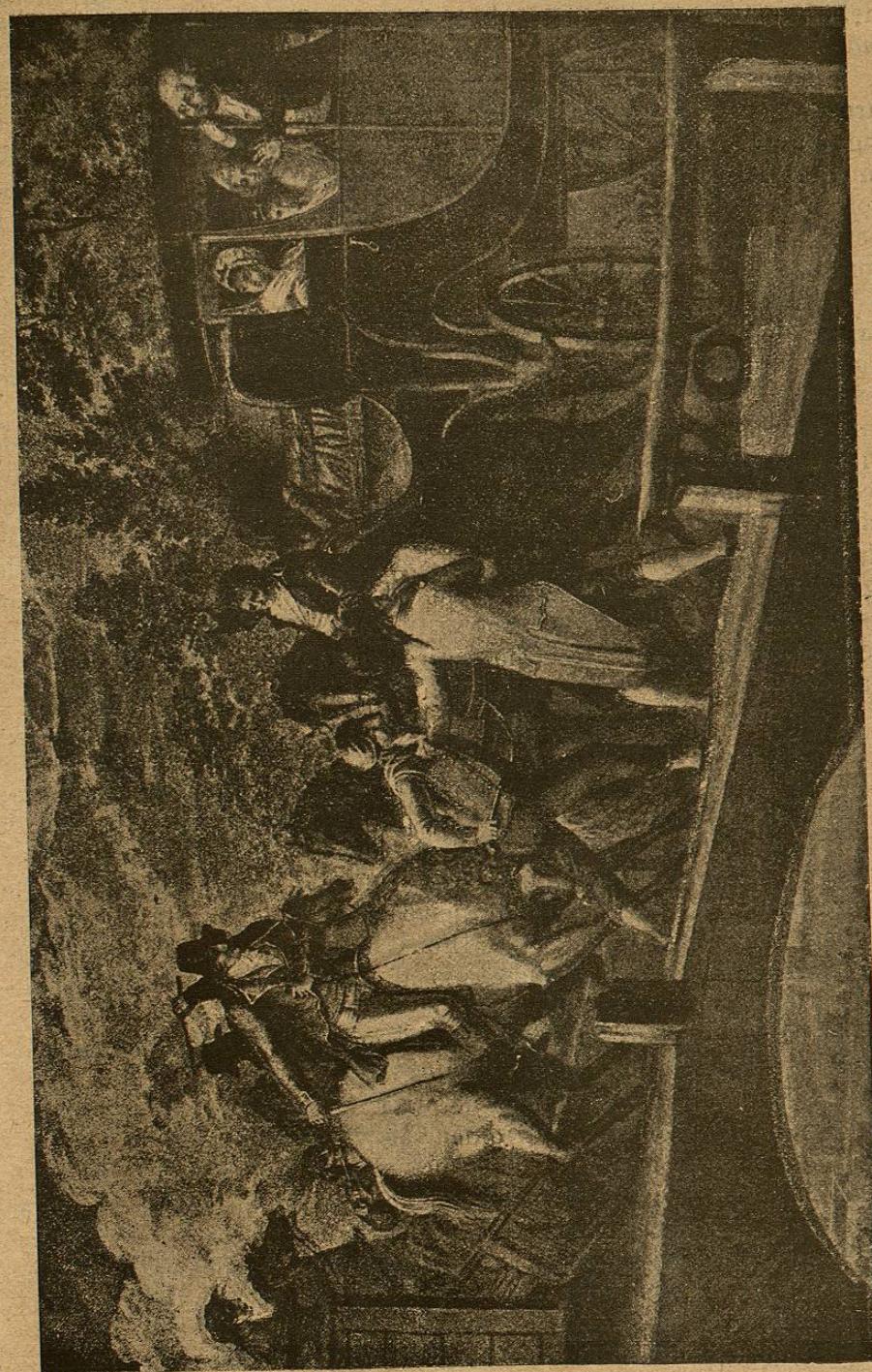
cando en las tinieblas, llamando á las puertas, haciendo levantar á las gentes que dormían. Al otro lado del pueblo estaba el relevo vigilado por dos jóvenes, uno de ellos hijo de Bouillé, los cuales tenían orden de no moverse del sitio para no esparcir la alarma, y hay que convenir en que la cumplieron demasiado bien. Uno de ellos podía haber ido sin peligro alguno hasta la entrada de la villa y esperar el carruaje para guiarlo: la presencia de un hombre solo en el camino y más á aquella hora y en una noche tan oscura, no hubiera llamado seguramente la atención.



Partió seguido de un dragón que le hubiera muerto á tenerle á su alcance (Pág. 579.)

Cuando el carruaje llegó á las once y media de la noche á la altura que domina á Varennes, la fatiga se había apoderado de los viajeros. Todos dormían. De repente paró bruscamente el carruaje y todos despertaron. El relevo no aparecía por ninguna parte: ninguna noticia del correo que debía ya tenerlo preparado.

Este que era Valory iba mientras tanto buscando el relevo por las inmediaciones. En vano había llamado y explorado los bosques de ambos lados del camino. No le quedaba más que entrar en la villa, llamar á las puertas, pedir informes. No encontrando nada, regresó desolado hacia el carruaje; pero los que dentro de él estaban acababan de recibir un golpe terrible, una frase, una intimación que les hizo erguirse trémulos en sus asientos: «*En nombre de la nación...*»



Detención de la familia real en el puente de Varennes. (Copia de una lámina de la época.)



Un hombre á caballo había aparecido á gran galope por detrás del carruaje y se había detenido cerca gritando en las tinieblas: «*En nombre de la nación deteneos, postillones! ¡Lleváis al rey!*»

Todos quedaron estupefactos. Los guardias de corps no llevaban armas de fuego ni tuvieron idea de servirse de sus cuchillos. El hombre siguió adelante, y bajando al galope la cuesta entró en Varennes. Diez minutos después comenzaron á verse hombres que salían de sus casas con luces y se agitaban gritando. Su número aumentó rápidamente y la población comenzó á iluminarse. Todo esto en diez minutos... después comenzó á sonar el tambor.

La reina, para tomar informes por su parte, había entrado acompañada de un guardia de corps en la casa de un antiguo servidor de Condé, situada en la pendiente que conduce á Varennes. Cuando volvió al carruaje; los tres guardias reunidos consiguieron con promesas y amenazas que los postillones se decidieran á seguir adelante, entrando en la villa y atravesando rápidamente el puente que la divide y la bóveda de la torre del puente. No quedaba otro medio de salvación. Acababan de saber los viajeros que el comandante de los húsares que habían de esperarles en Varennes, al conocer la llegada del rey y ver la agitación del vecindario, había huido al galope. Sus húsares estaban dispersados; unos ébrios y otros en la cama. Este comandante era un alemán de diecisiete ó dieciocho años: no había sido prevenido de nada, y al ver de un golpe toda la situación, perdió la serenidad y huyó.

Drouet y un camarada llamado Guillaume que había encontrado en el camino, se aprovecharon extraordinariamente de aquellos pocos minutos. Metieron sus caballos en una posada que encontraron abierta; advirtieron al posadero lo que ocurría para que esparciera la noticia, y corrieron al puente para obstruirlo con un carro cargado de muebles y otros vehículos que encontraron. Todo fué obra de unos instantes. De allí corrieron á las casas del alcalde y el comandante de la guardia nacional. En el primer momento Drouet sólo encontró ocho hombres que le siguieran, pero con ellos salió al encuentro del carruaje. El alcalde y el comandante iban detrás.

El carruaje estaba en la entrada del puente. Los dos funcionarios se adelantaron pidiendo los pasaportes.

*La reina.*—Señores, vamos de prisa...

*El alcalde.*—No importa; ¿quién sois vosotros?

*Madama de Tourzel.*—Esta señora es la baronesa de Korff.

El alcalde, con la linterna en la mano, metió medio cuerpo en el carruaje y volvió la luz hacia la cara del rey.

Entonces dieron su pasaporte. Dos guardias nacionales se lo llevaron á una casa inmediata leyéndolo en alta voz ante los individuos del municipio y todos los que allí se encontraban.

—El pasaporte es bueno—dicen algunos—*porque lleva la firma del rey.*

—¿Pero lleva la firma de la Asamblea Nacional?—preguntó Drouet.

—Está firmado por un comité de miembros de la Asamblea.

—¿Pero lleva la firma del *Presidente*?—insiste Drouet.

Así, la cuestión fundamental del derecho de la Francia, la clave de la Constitución fué examinada y discutida en una pobre casa de la Champagne, de una manera decisiva, sin apelación y sin recursos. Las autoridades de Varennes, especialmente el alcalde Mr. Sauce, un buen tendero de comestibles, dudaban ante la inmensa responsabilidad de detener al rey.

Pero Drouet y otros insistían, y por propia cuenta se aproximaron al carruaje.

—Señoras—dijo Drouet—si realmente sois extranjeras y estos hombres no son más que vuestros criados, ¿cómo habéis tenido influencia para que en Sainte Menehould quisieran escoltaros cincuenta dragones hasta Clermout? y ¿por qué un destacamento de húsares ha venido á Varennes á esperaros? Haced el favor de bajar del carruaje y venid á explicaros en la casa municipal.

Los viajeros no se movieron. Veían que las autoridades vacilantes no decían nada ni les obligaban á echar pie á tierra. La gente iba llegando con mucha lentitud. La mayoría de los vecinos al oír los tambores aún se hundían más en sus camas. Pero Drouet y los patriotas corrieron al campanario y comenzaron á tocar á rebato furiosamente. Esto puso en conmoción á toda la villa. ¿Era á fuego? ¿Era que llegaba el enemigo? Los vecinos corren, se llaman, buscan armas y se echan á la calle con fusiles, horquillas y hoces.

El alcalde Mr. Sauce se encontraba en un fuerte compromiso lo mismo si hacía algo que si no hacía nada. Tenía una esposa de grandes arranques que le dirigía y cuyo consejo le hacía gran falta. Llevar al rey á la casa municipal era expuesto; dejarle en el carruaje era perderse ante los patriotas. Al fin optó por un justo medio y se llevó el rey á su tienda.

Se acercó al carruaje con el sombrero en la mano. «El consejo municipal—dijo—ha deliberado sobre los medios de permitir á los viajeros seguir adelante, pero se ha esparcido el rumor de que es nuestro rey y su familia lo que tenemos el honor de que se halle dentro de nuestros muros... Tengo el honor de suplicar me permitan les ofrezca mi mansión como lugar de seguridad para sus personas mientras esperan el resultado de la deliberación. La afluencia de gente en las calles se aumenta con la llegada de los campesinos atraídos por la campana de alarma. A pesar de que no he dado orden, hace un cuarto de hora que suena y puede ser que Su Magestad se viera expuesto á peligros que no podríamos prevenir y que nos causarían gran pesar.»

No había medio de contradecir las palabras de aquel pobre hombre. La campana seguía sonando: no llegaban auxilios para los fugitivos.



Los guardias de corps habían intentado inútilmente apartar los muebles y las carretas que obstruían el paso del puente. En torno del carruaje sonaban amenazas de muerte: algunos individuos armados de fusiles intentaban disparar.

Por fin descendieron del carruaje y entraron en la tienda de Sauce las tres damas, los dos niños y el hombre que según el pasaporte era *Durand, ayuda de cámara*. Algunos le preguntaban irónicamente si realmente era un criado y él insistía asegurando que era Durand. Esto provocaba risas y protestas.

—Pues bien—dijo al fin—sí, yo soy el rey. Ved aquí la reina y mis hijos. Os recomendamos que nos tratéis con los miramientos que los franceses han tenido siempre para sus reyes.

Luis XVI no era muy hablador y ya no dijo más. Por desgracia su traje, su triste disfraz, hablaba poco en su favor. Aquel lacayo con pequeña peluca no podía parecer un rey. El contraste terrible entre su rango y aquel traje podía inspirar piedad, pero no respeto.

Mientras tanto el campaneo aumentaba de un modo extraordinario. Eran las campanas de las aldeas vecinas que contestaban á las de Varennes. Toda la campiña, envuelta en tinieblas, estaba en conmoción: centenares de lucecitas se agitaban y se buscaban en los campos: una nube tempestuosa se concentraba á ras del suelo: una nube de hombres armados llenos de agitación y animados por el espíritu de la protesta.

«¡Es el rey que se escapa! ¡El rey que se pasa al enemigo! ¡Traiciona á la nación!» Estas últimas palabras, terribles por sí mismas, aún sonaban más terribles en el oído de hombres que vivían en la frontera teniendo el enemigo cerca y expuestos á todas las calamidades y miserias de la invasión... Por esto los primeros campesinos que entraron en Varennes y que oyeron aquellas palabras no fueron dueños de sí mismos.

¡Un padre vender á sus hijos!... Los pobres no tenían otra noción política que la del gobierno paternal. Era menos la idea revolucionaria lo que les ponía furiosos que aquella otra idea horrible, impía, de los hijos vendidos por el padre, de la confianza engañada.

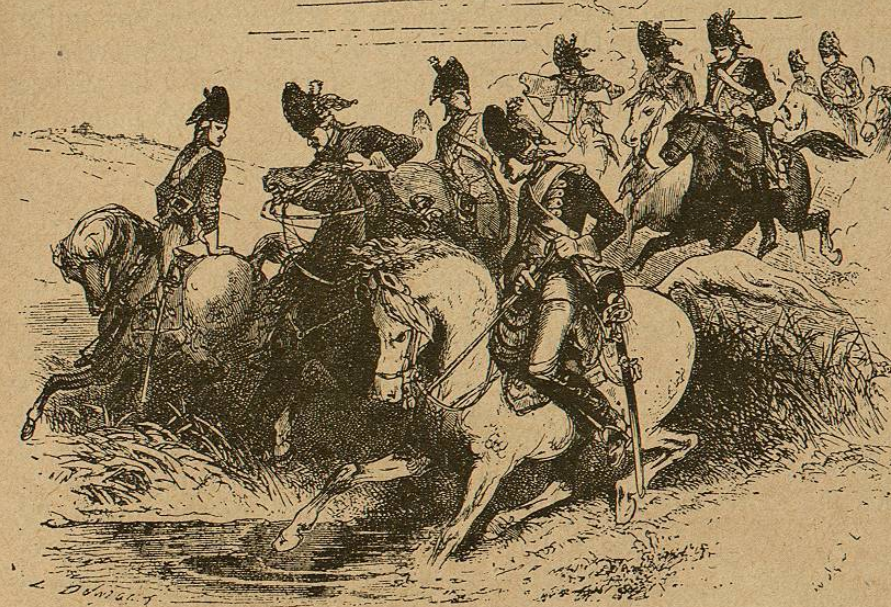
Estos hombres rudos entran en la tienda de Sauce: «¿Quién es el rey? ¿Dónde está la reina?... ¿Son éstos?» Y les lanzan á la cara furiosas imprecaciones.

Mientras tanto llega una diputación de la municipalidad y Sauce al frente sumiso y respetuoso: «Puesto que ya no ofrec dudas para los habitantes de Varennes—dice el tendero—de que gozan la felicidad de poseer su rey, ellos vienen á tomar sus órdenes.» «¿Mis órdenes?—contesta el rey.—Pues haced que mi coche sea enganchado y dejad que mi coche pueda partir.»

Choiseul y Goguelat llegaron por fin con sus húsares. Poco después llegó, aunque solo, Mr. de Damas, comandante del puesto de

Sainte Meuchould: sus dragones le habían abandonado en el camino pasándose al pueblo.

No sin obstáculos habían penetrado estos señores en Varennes: algunos paisanos habían disparado contra ellos. Entraron en la casa de Sauce y subieron por una escalera de caracol al primer piso. En una habitación encontraron algunos campesinos armados con horquillas que no querían dejarles pasar. Por fin pasaron. En otra habitación estaba la familia real. El delfín dormía sobre una cama deshecha, los guardias de corps sobre las sillas, lo mismo que las doncellas de la reina. La aya, la



Un riachuelo les cortó el paso, pero lo vadearon. (Pág. 590.)

hermana del rey y la hija en unos bancos cerca de la ventana. El rey y la reina eran los únicos que estaban despiertos y conversaban con el tendero Sauce. Sobre una mesa había pan, vasos y una botella de vino.

*El rey.*—Y bien, señores; ¿cuándo partimos?

*Goguelat.*—Señor: Cuando Vuestra Majestad quiera.

*Choiseul.*—Dad vuestras órdenes, señor. Tengo aquí cuarenta húsares; pero no hay tiempo que perder: dentro de una hora el pueblo los habrá ganado.

Decía bien Choiseul. Estos húsares eran aún víctimas de la sorpresa que la noticia les había causado. Entre ellos se decían con extrañeza y asombro: «*Der Koenig! die Koeniginn!*» (¡El rey! ¡la reina!) Aunque eran alemanes y casi ignoraban el francés, dábanse exacta